



OBRAS
COMPLETAS
DE JOSÉ
M. DE PEREDA

TIPOS Y PAISAJES

VI

PQ6554

.P3

A1

1910



1020027271



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

OBRAS COMPLETAS

DE

D. JOSÉ MARÍA DE PEREDA

Núm. Clas. 864.6

Núm. Autor P0307

Núm. Adq. 33728

Leg. de mesa -8-

Fecha

Fecha

Clasif. 864.6

Catalogo 864.6

LIBRERÍA GENERAL DE VICTORIANO SUÁREZ
Preciados, 48.—MADRID

OBRAS COMPLETAS

DE

D. JOSÉ MARÍA DE PEREDA

Á CUATRO PESETAS TOMO EN MADRID

- I.....—LOS HOMBRÉS DE PRÓ (cuarta edición), con el retrato del autor.
II....—EL BUBY SUBLTO..... (cuarta edición).
III....—CON GONZALO GONZÁLEZ DE LA GONZALERA (cuarta edición).
IV....—DE TAL PALO, TAL ASTILLA (cuarta edición).
V....—ESCENAS MONTAÑESAS (tercera edición).
VI....—TIPOS Y PAISAJES (tercera edición).
VII....—ESBOZOS Y RASGUOS (segunda edición).
VIII....—BOCETOS AL TEMPLO.—TIPOS TRASHUMANTES (segunda edición).
IX....—SOTILEZA (cuarta edición).
X....—EL SABOR DE LA TIERRUCA (tercera edición).
XI....—LA PUCHERA (tercera edición).
XII....—LA MONTÁLVEZ (tercera edición).
XIII....—PEDRO SÁNCHEZ (segunda edición).
XIV....—NUBES DE ESTÍO (segunda edición).
XV....—PIÑAS ARRIBA (cuarta edición).
XVI....—AL PRIMER VUELO (segunda edición).
XVII.—PACHÍN GONZÁLEZ.

DISCURSOS leídos por los Sres. Menéndez y Pelayo, Pereda y Pérez Galdós, ante la Real Academia Española, en las recepciones públicas verificadas los días 7 y 21 de Febrero de 1897; en 8.º, 2 pesetas.

TIPOS TRASHUMANTES, edición elegantemente ilustrada, en 4.º, 5 pesetas.

OBRAS COMPLETAS

DE

D. JOSÉ M. DE PEREDA

DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

TOMO VI

TIPOS Y PAISAJES

CAPILLA ALFONSO
TERCERA EDICIÓN

100012

MADRID

VIUDA É HIJOS DE MANUEL TELLO

1910
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1825 MONTERREY, MEX. 33728

863
P.
PQ 6554
P3
A1
1910



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

Es propiedad del autor.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS



PRÓLOGO,
ADVERTENCIA, PRELUDIO...

Ó LO QUE USTEDES QUIERAN

EL asunto es que algunos de mis paisanos, muy pocos, afortunadamente, han creído hallar en más de una página de mis ESCENAS MONTAÑESAS motivo suficiente para que se sobrexcite y alarme su amor patrio; y que yo, que me guardaría muy bien de rebelarme contra el fallo del más incompetente crítico, á quien se le antojase apreciar aún en menos de lo poco que vale mi chirumen, como buen montañés, amante fervorosísimo de mi bella patria, no puedo, ni debo..., ni quiero resignarme á no oponer algunos reparos á los escrúpulos patrióticos de los mencionados señores, antes de darles á conocer esta segunda serie de ESCENAS

NAS, en las cuales, juzgándolas con el criterio con que juzgaron á las primeras, han de hallar nuevas causas de resentimiento contra mi pluma, y, por consiguiente, contra la intención que la ha guiado.

El cargo que se me hace (y, por cierto, entre piropos que siento no merecer) es la friolera de haber agraviado á la Montaña, presentando á la faz del mundo muchos de sus achaques peculiares, y hasta en son de burla algunos; es decir, con delectación pecaminosa.

Confieso que no ha podido hacerme una imputación más cruel, ni más injusta, ni que más me lastime. Cruel, porque lo fuera, aun siendo muy notoria la perversidad del alma de un hijo, acusarle de ser capaz de hallar deleite en burlarse de su propia madre; injusta, por lo que vamos á ver.

De dos maneras puede representarse á los hombres: como son, ó como deben ser. Para lo primero, basta el retratista; para lo segundo, se necesita el pintor de genio, de inspiración creadora. Concedo sin esfuerzo que el mérito de éste es superior, en absoluto, al de aquél;

pero que, tratándose de dar á conocer á un individuo, haya de representársele como debe ser y no como es, no lo concedo aunque me aspen.

Retratista yo, aunque indigno, y esclavo de la verdad, al pintar las costumbres de la Montaña, las copié del natural; y como éste no es perfecto, sus imperfecciones salieron en la copia.

Á este modo de pintar es á lo que se ha llamado, por algunos montañeses, delito de lesa patria.

Un pintor del riñón de Castilla se decide un día á copiar en el lienzo á su país; pero tiende por él la vista, y observa que el suelo es árido y monótono; que no le cruza un mal arroyo, ni le sombreá un árbol, ni le limita una montaña; teme que la representación de aquella sábana de tierra calcinada y de cardos agostados infunda un sentimiento de repulsión en el ánimo del observador del cuadro, y que por éste se adquiriera mala idea de la poesía del famoso granero de España; y sin pararse en barras, copia, de todo lo que ve, un grupo de casas que no ofrecen mal aspec-

to, dos recodos de una era, media docena de borregos y una mula, y echa por en medio un río como el Misisipi que baja de unas montañas como los Andes, y adorna las orillas con sauces y naranjos, y tapija el suelo con flores y césped, y hasta le puebla de zagales, cuyos modelos busca en un abanico. En seguida escribe debajo: «Panorama de Amusco», y expone el paisaje al público como un cuadro de costumbres castellanas. ¿Sería este sistema de retratar la naturaleza más patriótico que el mío? Sería lo que ustedes quieran; pero el sentido común siempre vería en un cuadro tal, con semejante rótulo, un embuste ridículo, una mentira bien ociosa.

Otro caso.—Un señor, que sería el tipo de la hermosura si no tuviera un ojo huero, y una verruga en la nariz, y un lobanillo en la frente, y una cicatriz en los labios, va á retratarse; pero el retratista, por amor al modelo, ó por adularle quizá, no reproduce en el lienzo ni el ojo huero, ni la verruga, ni el lobanillo, ni la cicatriz: antes al contrario, pinta dos ojos como dos luceros, y hasta exagera la corrección de los demás detalles de la

cara. Concluída así la obra, quiere sorprender con ella á los deudos y amigos del retratado: examínanla atentamente, admiran todos la belleza del modelo; pero ninguno de ellos le conoce. ¿Puede el retratado, sin ser tonto de remache, deleitarse contemplando la supuesta imagen suya?

Pues bien: supongamos ahora que yo hubiera tenido ingenio bastante para componer un libro de leyendas poéticas y edificantes, llenas de madres resabidas y sentimentales, de padres eruditos y elocuentes, y de hijos galanes, trovadores y sensibles como los pastores de la Galatea; quiero imaginarme que, al pintar el concejo de mi tierra, hubiera arrojado de él al tío Merlin, y puesto por tema de discusión, en vez del que allí se ventiló bajo la impresión de una suspicacia casi estúpida y de una malicia lamentable, tal cual égloga de Virgilio ó artículo del Código penal, como para una asamblea de académicos escrupulosos ó de sabios legisladores; supongamos que, en lugar de exhibir á la familia del tío Nardo vendiendo hasta las tejas para echar á América al niño Andrés con la esperanza de

verte tornar un dia rico é *influyente*, sin hacerse cargo de los infinitos ambiciosos montañeses que han perecido hambrientos y abandonados en aquellas regiones, hubiera pintado un indiano poderoso en cada casa, arrojando sin cesar talegas de onzas por la ventana y atando los perros con longaniza; supongamos también que, en vez del sencillo mayorazgo Seturas, hubiera presentado un patriarca venerable explicando, bajo los bardales de una calleja, las maravillas de la botánica y de la astronomía, deteniéndose extáticos, ante la majestad de su palabra, los tardos bueyes, los feles canes y los rirados borregos; supóngase asimismo, que, en lugar de admitir como base del carácter del campesino montañés el puntillo y la suspiciacia, causa de tantos males en este país, donde todos los dias es una verdad el paso de Las Aceitunas del buen Lope de Rueda, le hubiera poblado de hombres infatigables y longaninos, sin más tribunales que el de la penitencia, ni otras leyes que las del Decálogo; supongamos, además, que, en lugar de Caletera y de la nuera del tío Bolina y de otros personajes ejusdem farinae que an-

dan por el libro, hubiera presentado algo parecido á los marineros que bailan en el teatro la tarantela napolitana, y á las bateleras del demi-monde en las regatas del Sena; supongamos, en fin, que yo hubiera sido capaz de crear un país y un paisanaje con todos los primores que caben en la naturaleza y en la humanidad, y de sacar á la plaza pública esa creación con el título de ESCENAS MONTAÑESAS: ¿qué hubieran dicho entonces de ellos esos mismos señores á quienes dedico estas líneas? De fijo: — «Hombre, es muy bueno sin duda; pero tiene tanto de montañés como nosotros de turcos.»

Supongamos, si no, que, sin añadir en el retrato una sola belleza á las que tiene el original, me hubiera limitado á presentar las más libres de toda mácula local y, por ende, semejantes en todo á las de todos los pueblos sometidos al régimen estricto de la nueva civilización. Entonces hubieran dicho mis escrupulosos censores: — «No encontramos en este libro á nuestro vecino, ni á nuestro con-cejo, ni la escuela en que aprendimos á leer, ni las fiestas de nuestros santos patronos, ni

la rioja de nuestras tabernas, ni á los pescadores de nuestra costa, ni el maíz de nuestras mieses, ni las deshojas del maíz, ni el aire, ni el sol de nuestra hermosa campiña... Lo que aquí pasa, pasa también en cualquiera otra provincia de España, y estas costumbres lo mismo pueden llamarse montañesas que palentinas.»

Y en ambos casos habrían desdeñado el libro, y éste no hubiera corrido de mano en mano todos los rincones de la Montaña, ni á sus personajes se les hubieran abierto todas las cocinas montañesas, como á gente de la casa, señal infalible de que es bueno el retrato en cuanto al parecido, por más que, como obra mía, no luzca primores de arte.

Pero supongamos ahora, y no es poco suponer (¡y vuelta á las suposiciones!), que los susodichos mis paisanos me conceden que todas las imperfecciones fisonómicas que aparecen en el cuadro existen en el original, y que al copiarle, con la mejor intención del mundo, me limité á cumplir estrictamente mi cometido de retratista escrupuloso; todavía me dicen: — «Si creías que no podía hacerse de

la Montaña un retrato de color de rosa, ¿para qué la retrataste? Y si la retrataste, ¿para qué expusiste al público el retrato?

La retraté, señores míos, cediendo á una tentación más fuerte que mi voluntad: la misma que obliga al poeta á cantar á la naturaleza, y al músico á robarle sus dispersas armonías; impulso irresistible, incontrastable, quizá más que el que lanzó á algunos de vosotros hasta el otro lado del Atlántico en busca de soñados torrentes de acuñadas peluconas. Y le expuse al público, porque no juzgué ni juzgo á ningún español tan mentecato, que sea capaz de creer á su país exento de achaques tan gordos como los que yo cito del mío, ni tan tonto que, si los concediera, se forje la ilusión de que el vecino no los ha visto; le expuse al público, porque muchos de los vicios que pregona apenas excitan la compasión, algunos la risa, y los más el escasisimo interés que haya podido prestarles el esmero, ya que no la destreza del pintor, y porque el más grave de ellos es, á Dios gracias, mucho más leve que el más insignificante de los consignados en la estadística viciosa de cualquier

otra provincia de España; le expuse al público como se expone un cuadro de fotografías que ni son obscenas ni injurian á nadie: para que las vea aquel caballero y las juzgue... y las compre, si es posible; le expuse al público, en fin, en la confianza de que, aun en el caso de tropezar con jueces tan aprensivos, tan quisquillosos..., tan montañeses como ustedes, podría responder, en abono de mi intención inmejorable: —«Creo, con la mano sobre mi corazón, que exhibiendo resabios y picardías como las del tío Merlín, desdichas y miserias como las de la familia del Tuerco, preocupaciones funestísimas como las del tío Nardo, etc., etc., y poniendo á su lado estimables cualidades y méritos que no faltan en otros personajes del libro, se prueba mejor el patriotismo que con ostentosos vanos alardes de tan noble virtud; y que la Montaña perdería menos oyendo á los que, como yo, entre himnos entusiásticos á sus bellezas, dedican una cariñosa censura á muchos de sus curables imperfecciones, que á los que transigen con todas ellas á trueque de que nadie las vea.»

En cuanto al estilo más ó menos irónico,

más ó menos alegre de la obra, ¡qué diablo!, no es ella ninguna colección de elegías ni de sermones de Ánimas; amén de que cada hombre tiene el que Dios le concedió, y yo, al usar el que bajo este título me pertenece, malo y todo, le he creído preferible, por mío, al mejor de los prestados.

Y aquí debiera poner fin á este proemio, asaí enojoso para mí por el fin que lleva; mas no quiero dejar la pluma sin resarcirla del disgusto de escribirle, dedicándola un instante á más placentera ocupación. — Sírvame, pues, en este momento, no del todo inoportuno, para dar un público testimonio de mi gratitud profunda á mi querido amigo Antonio de Trueba, cuyo solo nombre, puesto al frente de mi libro, embelleció sus innumerables defectos al ser admitido, no de mala gana, en la república literaria española; al inimitable autor de las Escenas Matritenses; al insigne poeta y sabio crítico, D. Juan Eugenio Hartzenbusch; al malogrado ingenio que dejó, por huella de su paso por el mundo, el monumento literario Ayer, Hoy y Mañana, y á otros escritores no menos discretos, y á la prensa

periódica en general, cuyas felicitaciones conservo como prendas de inestimable valor; no porque de ellas me juzgue digno, sino porque las considero como otras tantas manos cariñosas que estrecharon la mía al acercarme por primera vez á una región donde la censura de los doctos enerva y el desdén mata.

Otra deuda no menos sagrada, que también quiero pagar, tengo con el público, especialmente el de la Montaña, que, aceptando mi buena intención y dispensándome los pecados de inexperiencias ó de incapacidad, acogió las ESCENAS con una benevolencia que jamás me hubiera atrevido á esperar.

¡Quiera Dios que, al dar á luz esta segunda serie, no se arrepientan, público y escritores, de haberme aplaudido la primera!

Enero de 1871.



DOS SISTEMAS

I

SE fué á la Habana en 1801, en el sollado de un bergantín, entre otros cien muchachos, también montañeses, también pobres y también aspirantes á capitalistas. Unos de la fiebre amarilla, en cuanto llegaron; otros de hambre, otros de pena y otros de fatigas y trabajos más tarde, todos fueron muriendo poco á poco. Él solo, más robusto, más animoso ó más afortunado, logró sobreponerse á cuantos obstáculos se atravesaban delante de sus designios.

Treinta años pasó en la obscuridad de un roñoso tugurio, sin aire, sin descanso, sin libertad y mal alimentado, con el pensamiento fijo constantemente en el norte de sus anhelos. Una sola idea extraña á la que le preocupaba, que con ésta se hubiese albergado en su cerebro, le hubiera quizá separado de su camino.

Creo que fué Balmes quien dijo que el ta-